LO DULCE Y LO QUE IMPARTE DULZURA
NO. 2403

UN SERMÓN PREDICADO LA NOCHE DEL DOMINGO
6 DE MARZO, 1887.
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES,
Y TAMBIÉN LEÍDO EL 10 DE MARZO, 1895.

"Dulce será mi meditación en él."
Salmo 104:34.

Quienes estuvieron presentes en el servicio de esta mañana, saben que con todo mi corazón, y toda mi mente, y toda mi alma, y todas mis fuerzas, imploré a las personas que vinieran a Cristo. Si alguna vez en mi vida he sentido que he gastado cada partícula de mi energía, ciertamente lo sentí cuando terminé de predicar. Habría podido morir y dar por terminado mi ministerio después del testimonio que dí esta mañana. No sé de qué otra forma podría haber derramado mi ser entero, tan plenamente, con el ferviente anhelo de la conversión de mi prójimo. Pensé que no me sería posible manejar otro tema igual esta noche, con esa misma intensidad de tono. Sentí que no podría hacerlo. Por tanto me dije a mí mismo: "en vez de predicar, en vez de tener que hacer algo que me costaría mucho esfuerzo y me provocaría mucha tensión mental, voy a hacerme uno más del grupo, y voy a gozarme como cualquier otro miembro de la congregación. Voy a tomar un tema sobre el cual todos podamos meditar en calma, quiero decir, todos los que conocemos al Señor." Y me pareció que nada podría ser más adecuado que pensar en Él, que es el gozo de nuestro corazón; que meditar en Él, que es la fortaleza de nuestro espíritu; nuestro bendito Señor de Quien dice el texto: "Dulce será mi meditación en *él.*"

Así que, entonces, en esta ocasión no voy a predicar. Simplemente voy a dirigir un poco la meditación de ustedes, meditando yo mismo también mientras ustedes meditan, actuando como un tipo de guía de ejercicios para dar el tono en el que, así confío, todos los que aman al Señor se unirán de corazón. ¡Que Dios el Espíritu Santo nos ayude a todos a meditar dulcemente sobre Aquél a Quien se refiere aquí el salmista!

Este Salmo 104 es muy maravilloso. Humboldt escribió un libro que tituló *El Cosmos;* esto es, el mundo. Y este Salmo es un Cosmos, es un mundo consumido por un incendio de alabanza. Es toda la creación, desde la cima de la montaña hasta el arroyo que reluce a través de los valles, alabando a Dios. He leído frecuentemente este salmo completo, cuando estoy en el bosque o en la ladera de una montaña; y cuando

regresamos a casa después de una excursión en las montañas de Italia, dije a mis compañeros: "ahora vamos a leer el Salmo 104." Es el Salmo del naturalista, es el Salmo de la naturaleza vista por el ojo de la fe; y el que aprende a mirar correctamente a los mares y a las montañas, a las bestias y a las aves, al sol, la luna y las estrellas, ve a Dios en todas las cosas, y dice con el salmista: "Dulce será mi meditación en él."

Pero, amados, la redención es un tema más precioso para la meditación que la creación, pues sus maravillas son mayores. Yo puedo entender que Dios hiciera los mundos; pero que redimiera a los hombres de la ruina eterna, no puedo entenderlo. Que el Creador diseñara todas las cosas por la palabra de Su poder no es nada semejante a ese otro notable objeto de meditación: que ese mismo Creador, velado en carne humana, entregara Sus manos a los clavos de la cruz, e inclinara Su cabeza bajo el golpe de la muerte. Si la creación es maravillosa, la redención es un milagro más sublime, una maravilla en el propio centro de todas las maravillas.

El tema de la redención no es menos vasto que el tema de la creación. Ciertamente, la naturaleza es un tema muy amplio, desde la casi infinita grandeza que es descubierta a través del telescopio, hasta la maravillosa minucia que es percibida a través del microscopio. La naturaleza parece no tener límites; sin embargo, no es sino un fragmento comparada con la redención, donde todo es infinito, donde tienes que tratar con el pecado y el amor, la vida y la muerte, la eternidad y el cielo y el infierno, Dios y el hombre, y el Hijo de Dios encarnado por causa del hombre. Ahora se encuentran ustedes, verdaderamente, en medio de la sublimidad, meditando sobre la redención. El tema es vasto más allá de toda concepción.

Y permítanme agregar que el tema de la redención es tan fresco como el de la naturaleza. La naturaleza, es cierto, no envejece nunca. Desde el primer día del año hasta el último es siempre joven. ¿Acaso han visto ustedes que el océano parezca igual dos veces? ¿Vieron alguna vez el rostro de la naturaleza sin dejar de percibir allí alguna fresca belleza? Pues sucede exactamente lo mismo con la redención. La cruz no envejece nunca; la doctrina de Cristo crucificado es un manantial que brota por siempre con una frescura refulgente. Ni siquiera las edades eternas la agotarán. Cuando hayan pasado millares de años, esta vieja, vieja historia de la cruz, será siempre nueva.

Debemos agregar acerca de una meditación sobre la redención, que nos cala hasta lo más hondo. Me gusta pensar en las estrellas; pero, después de todo, podría ser feliz si las estrellas se apagaran. Me deleito al pensar en el rugiente océano; pero, si ya no hubiera más océanos, aun así podría regocijarme. Pero en la redención tenemos un interés vital y personal. No podríamos vivir como vivimos ahora; no podríamos

vivir verdaderamente delante de Dios, si no hubiésemos sido redimidos con la sangre preciosa de Cristo. Los mares y los mundos pletóricos de estrellas no son nuestros de manera tan bendita, como Cristo es nuestro; y ninguno de ellos puede ser un bálsamo para el corazón y un gozo para el espíritu, como lo es Jesús, que nos amó y se entregó por nosotros.

Así que pienso que puedo decir, independientemente de cuán excelentes sean las meditaciones del naturalista (y entre más meditemos sobre la naturaleza será mejor, y yo quisiera que todos fuéramos instruidos según el orden de la verdadera ciencia, que trata con la propia naturaleza y no con teorías), sin embargo, si conocen aunque sea un poco de estas cosas en los que muchos se interesan de manera muy profunda, sus meditaciones sobre Dios pueden ser sumamente dulces. Si ustedes se circunscriben a los límites de la redención a través de Jesucristo, que de ninguna manera son estrechos, podrían decir: "Dulce será mi meditación en él."

Entonces, en primer lugar, hablaré sobre *lo dulce:* "Dulce será mi meditación *en él.*" Luego hablaré de *lo dulce como un endulzante,* pues no solamente es dulce en Sí mismo, sino que imparte dulzura, esa dulzura que necesitamos en medio de las muchas amarguras de esta vida mortal.

I. Primero, entonces, hablemos de LO DULCE: "Dulce será mi meditación *en él.*" "En Él," esto es, en el Bienamado del Padre, en el Bienamado de la Iglesia, en el Bienamado de mi propia alma; en Él que me amó, cuya sangre ha lavado mis ropas, y las ha tornado blancas. Meditar "en Él" es lo que es dulce; no simplemente en la doctrina acerca de Él, sino en Él, en Él mismo; "mi meditación en Él," no meramente en Sus oficios, y en Su obra, y en todo lo concerniente a Él, sino meditar en Su propio amado ser. Allí se encuentra la dulzura; y entre más nos acerquemos a Su bendita persona, más genuinamente nos habremos acercado al propio centro de la bienaventuranza.

Entonces es la "*meditación* en Él," lo que imparte dulzura. Hermanos, es muy deleitable oír acerca de nuestro Señor; estoy seguro que a menudo me he quedado embelesado cuando he oído lo que otras personas han dicho acerca de Él. Oír comentarios acerca de Él es muy dulce; pero eso no es lo que dice nuestro texto. Dice: "mi meditación en él." Cuando escucho de nuevo, en los ecos de mi corazón, lo que he oído con mis oídos; cuando, como el ganado, después de pacer el delicioso alimento, me acuesto para rumiarlo, igual que el ganado, "Dulce será mi meditación en él." Pensar de nuevo en lo que ya he pensado; repasar una y otra vez en mi alma, verdades con las que estoy felizmente familiarizado; que he tratado y probado muchas veces, y que vuelvo a probar y tratar de nuevo; al hacerlo, "Dulce será mi meditación en él." Entre más conozcamos a Cristo, más querremos saber de

Él; y entre más dulce sea ya Cristo para nosotros, se tornará más dulce. Nunca podremos agotar esta mina de oro; entre más cavemos en ella, más se enriquece. "Dulce será mi meditación en él." No buscaré las resonantes frases del orador, ni anhelaré las profundidades del teólogo. Simplemente me sentaré y con mi humilde mente pensaré en lo que he oído y conocido, y especialmente en todo lo que he experimentado con mi Señor; y "Dulce será mi meditación en él."

Pero permítanme reflexionar un minuto en la palabra "mi": "Dulce será *mi* meditación en él." No es la meditación de alguien más que me es transmitida con posterioridad, sino mi propia meditación en Él, la que será dulce. Déjenme decirles, en lo relativo al vino de la comunión con Cristo, que nunca es tan dulce para un hombre como cuando él mismo pisa las uvas: "Dulce será mi meditación en él." Cuando tengan un texto, trituren su significado, "rumiando el pasaje," como decimos, hasta descubrir su alma; entonces lo entenderán y también lo gozarán. Hagan que la meditación de Cristo sea tanto su propio acto personal como su propia realidad; aférrense a Él y agárrense de Sus pies. Pongan su dedo en las huellas de los clavos, y basados en su propia experiencia digan: "¡Señor mío, y Dios mío!" Entonces no necesitarán que yo les diga cuán dulce es esa meditación, pues ustedes serán capaces de decir por ustedes mismos: "Dulce será mi meditación en él."

No importa, mi querido amigo, quién seas. Si perteneces a Cristo, tu meditación en Él será dulce. Tal vez tú seas una persona muy pobre y analfabeta, pero si Lo conoces, meditar en Él será dulce para ti. O puede ser que seas un hombre de vasta cultura y amplio conocimiento; pero estoy seguro que no hay nada en todo tu amplio acervo de lectura que sea comparable en dulzura a Él. La ciencia de Cristo crucificado encabeza la caravana de todas las ciencias. Este es el conocimiento más excelente frente al cual, cualquier otro conocimiento no es sino la ignorancia vestida con sus mejores galas. "Dulce será *mi* meditación en él," es decir, inclusive la mía, estando aquí en medio de ustedes, y la de ustedes sentados en esas bancas; y cuando se acerquen en breve a esta mesa de la comunión, yo espero que cada uno de los que meditan en Cristo podrá decir: "Dulce será mi meditación en él:"

Ahora, meditemos en Él por unos cuantos minutos; y, primero, *meditemos en Su persona.* Este Ser Bendito, verdaderamente presente entre nosotros hoy, es Dios y hombre. Meditemos en Su condición de hombre. Él es de una naturaleza como la tuya; con la única excepción del pecado, Él es un hombre como tú. Piensa en ello, y regocíjate que tenga una afinidad tan intensa contigo, y que tú tengas una afinidad tan intensa con Él. Él es tu Hermano, aunque Él es también el Príncipe de los reyes de la tierra. Él es tu Esposo, hueso de tus huesos y carne de tu carne, aunque Él es también "Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos." ¿Acaso no se encienden nuestros corazones de

inmediato hacia el Hombre Cristo Jesús (llevó nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores), y no será dulce nuestra meditación?

Pero Él es también Dios, y como Dios, Él tiene todo el dominio y la autoridad en el cielo y en la tierra. Piensen, entonces, cuánto nos ha acercado a la Deidad; ahora no hay división entre un creyente y Dios, y Cristo ha construido un puente sobre el abismo que existía entre el Creador y la criatura. Uno habría pensado que este precipicio no podría tener un puente. Entre un Dios airado y un pecador puede haber reconciliación; pero entre un Creador y Su criatura, ¿qué vínculo de unión podría existir? No existiría ninguno si Cristo no se hubiera encarnado. Si Dios no hubiese tomado a la humanidad en unión Consigo mismo, nunca habríamos podido ser llevados tan cerca de Dios como lo estamos ahora. ¡Ángeles, quédense atrás! Ustedes no pueden acercarse tanto al trono como el hombre se ha acercado, pues fue hecho un poco menor que los ángeles, pero ahora, en la persona de Cristo, ¡está puesto en el lugar de dominio y honor, y hecho señor sobre todas las obras de las manos de Dios! Mi meditación en la divina persona de mi bendito Señor será dulce, ¿no es cierto? Yo solamente indico una atractiva perspectiva de deleite, por así decirlo; yo abro la puerta, y digo: "entra, amigo, encontrarás por ese camino buen alimento para la meditación."

Ahora, *meditemos en la vida de nuestro Señor,* pues esta meditación también será dulce. Supongan que tomo los cuatro Evangelios, y leo la historia de la existencia de mi bendito Señor, aquí entre los hombres. Bien, necesitamos meditar en ella, pues esa vida es mucho más de lo que los evangelistas pudieron escribir. La vida de Cristo contiene una maravillosa profundidad. El otro día estuve leyendo en voz alta el primer capítulo del Evangelio de Lucas, y trataba de comentarlo, y cuando llegué al fin de mi meditación, me dije a mí mismo: "si fuere confinado a ese único capítulo por una vida entera, no podría extraer toda su profundidad." Esa sencilla vida de Cristo, de Nazaret al Gólgota, es una vida de insondables profundidades; y entre más mediten en ella, más dulzura encontrarán. ¡Oh, piensen en Su identificación conmigo si soy pobre, pues Él padeció hambre; Su identificación conmigo si estoy cansado, pues Él, "cansado del camino, se sentó así junto al pozo;" Su identificación conmigo si tengo que enfrentarme palmo a palmo con el viejo enemigo para contender por mi vida; Su identificación conmigo si estoy sumido en la oscuridad y en valle de sombra de muerte, y tengo que clamar "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?"

Leída con el ojo de la fe, la historia completa de la vida de Cristo está llena de dulzura para la mente meditativa; pues, recuerden que, cuando contendía se volvió un conquistador, y en esto también seremos semejantes a Él, pues venceremos por medio de Su sangre. La fe en Él nos da la victoria; pisotearemos a Satanás bajo nuestros pies an-

tes que la batalle esté concluida, de la misma manera que Él lo ha hecho. Mi meditación sobre Sus aflicciones, unida a mi meditación de Sus gozos finales, será sumamente dulce como una profecía que, si me someto, yo también conquistaré; y aunque sea abatido, mi abatimiento no será sino un medio para elevarme.

Ahora, aquí hay otro camino en el que pueden viajar sus pensamientos. "Dulce será mi meditación en él," especialmente cuando *medito en Su muerte.* La muerte de nuestro Dios y Señor debe ser el tema habitual de meditación del pueblo de Dios. Me temo que, en estos días, no pensamos lo suficiente en la cruz y en la pasión de nuestro Divino Redentor. Leo en los periódicos y revistas del "pensamiento moderno," escarnios acerca de nuestros "sensibles" himnos cuando cantamos acerca de nuestro Señor sobre el madero; y ellos quisieran que nos abstuviéramos de hablar acerca de Su sangre. Esas expresiones están "fuera de moda." Es algo "medieval" (creo que esa es la palabra) exponer a un Cristo que muere.

Ahora, fíjense bien, la fortaleza de la Iglesia de Roma sobre muchas mentes, ha descansado durante siglos en el hecho que mantiene prominentes los sucesos de la pasión y muerte de nuestro Señor. Aunque esa verdad acerca de Su cruz es a menudo pervertida, sin embargo tiene salvación en ella; y no dudo que muchos encuentran el camino a la vida eterna, aun en esa iglesia apóstata, por el hecho que Cristo crucificado es expuesto como una gran realidad.

Si alguna vez llegara a suceder entre nosotros, llamados protestantes, y entre quienes son llamados protestantes disidentes, que el grandioso hecho de la muerte de Cristo fuera considerado como un tipo de mito del cual se pudieran extraer ciertas doctrinas recónditas, pero del que en sí no se puede hablar, habríamos cortado el tendón de Aquiles de nuestra fortaleza, y habría desaparecido nuestro poder para bendecir a los hijos de los hombres. ¡Oh, denme la historia de la cruz, la verdadera historia! ¡Sí, que mis ojos contemplen las heridas de Jesús, cuando estoy inclinado ante el Crucificado! Su muerte fue un hecho literal, no un sueño fantasma; y así queremos sostenerlo, y queremos meditar sobre ello como el centro de todas nuestras esperanzas. "Dulce será mi meditación en él," es especialmente cierto de Cristo en la cruz del Calvario. Aquí contemplo la expiación consumada, la satisfacción ofrecida, la justicia honrada, la gracia expuesta, y el amor pugnando, sangrando, contendiendo, conquistando. En la muerte real de Cristo en la cruz, veo la seguridad de Sus elegidos a quienes Él ha comprado con Su preciosa sangre. Veo aquí el fin del reino del mal, la herida en la cabeza de la antigua serpiente. Veo la grandiosa roca sobre la que el reino de Dios es establecido sobre un seguro cimiento sellado con la sangre de Cristo. ¡Oh, santos, vayan y vivan en el Calvario!

No se puede encontrar un mejor aire bajo la bóveda del cielo; y conforme se dilaten allí, su meditación acerca de su Señor será dulce.

Pero, ¿qué estoy diciendo? Pues dondequiera que contemplo al Señor Jesucristo, "Dulce será mi meditación en él." Síganlo en *Su resurrección;* contémplenlo en *Su gloria presente.* Mediten mucho sobre *Su intercesión a la diestra de Dios.* ¡Cuán seguros estamos porque Él vive por siempre para interceder por nosotros! Qué profecías de buenas cosas por venir están escondidas en la persona de nuestro grandioso Sumo Sacerdote ante el trono.

Piensen, también, en *la gloria que está por revelarse.* "He aquí que viene." Cada hora lo está trayendo más cerca. Lo veremos en aquel día; y aunque nos durmamos antes de que Él venga, sin embargo, a Su venida, levantará nuestros cuerpos del polvo y en nuestra carne veremos a Dios. Meditemos mucho en las glorias del Segundo Advenimiento de Cristo, en los esplendores trascendentes de nuestro Divino Conquistador, sabiendo que el trasfondo de Sus sufrimientos únicamente hace que Sus triunfos brillen con un mayor brillo. Mediten en estas cosas, entreguen enteramente sus mentes a ellas, y entonces gustarán la dulzura que allí habita.

Si ustedes que son hijos de Dios, no sienten que puedan transitar por cualquiera de esos caminos, quiero que busquen obtener dulzura de este pensamiento: "Él *me* ama." Creyente, debes decirte: "si no hay nadie más en el cielo o en la tierra que me ame, sin embargo, Jesús me ama. Jesús *me* ama; es casi inconcebible, pero es verdad."

II. Ahora vayamos a la segunda parte de nuestro tema, LO DULCE COMO IMPARTIDOR DE DULZURA: "Dulce será mi meditación en él."

Es decir, primero, que *endulzará todas mis otras dulzuras.* Les recomiendo a ustedes que son felices, a ustedes que están llenos de gozo, este bendito método de asegurar la continuidad de esa felicidad, sin que se vuelva empalagosa. Si ustedes tienen miel, y sus manos están llenas de miel, tengan cuidado en la forma de comerla, pues pueden comer miel hasta enfermarse; pero si ustedes tienen gran provisión de miel, mezclen en ella algo más dulce que la miel, y entonces no les hará daño.

Quiero decir, si Dios les ha dado gozo en su juventud; si han sido prosperados en los negocios y su casa está llena de felicidad; si sus hijos cantan alrededor de ustedes, si gozan de salud y riqueza y su espíritu danza de gozo, todo esto en sí puede cuajarse y estropearse. Agréguenle una dulce meditación en su Señor, y todo estará bien; pues es bueno gozar de cosas temporales cuando más gozamos de las cosas eternas. Si ponen a Cristo en el trono, para que gobierne sobre todas estas cosas buenas que ahora gozan, entonces todo irá bien. Pero si ustedes Lo destronan para subir en Su lugar todas estas cosas, entonces se tornan en ídolos, "Y quitará totalmente los ídolos." Si us-

tedes son verdaderamente Suyos, sufrirán gran pena por la caída de sus Dagones, pero eso ciertamente pasará.

Oh, personas joviales, felices, gozosas, yo quisiera que ustedes fuesen más numerosas; yo no condeno su gozo; quisiera ser partícipe de él; pero que el sumo gozo que tengan siempre sea "Jesucristo mismo." Si la ocasión de gozo es tu matrimonio, invítalo a la boda, pues Él convertirá el agua en vino. Si es tu prosperidad, invítalo al festival de la cosecha, y Él bendecirá tu granero y tu bodega, y hará que tus misericordias sean bendiciones reales para ti.

Pero, queridos amigos, no necesito decir mucho acerca de este punto, porque, al menos para algunos de ustedes, nuestros días propiamente dulces no son muy largos ni muchos. El consuelo es que, *esta dulzura puede endulzar todas nuestras amarguras.* Todavía no ha existido una amargura en la copa de la vida que una meditación en Cristo no pudiera vencer, convirtiéndola en dulzura.

Voy a suponer que en este momento estás experimentando pruebas personales de un tipo temporal. Hay muchísimas curas para los cuidados de esta vida que la filosofía podría sugerir; pero yo no les recomiendo nada de eso a ustedes. Yo prescribo la meditación en Cristo. Ya les he dado muchas sugerencias acerca de cómo las tristezas, las luchas y las conquistas de la vida de Cristo pueden ayudar a endulzar todos sus conflictos y sus luchas. Una comunión de media hora con el Señor Jesús quitará la agudeza de todas sus ansiedades. Entra en tu aposento, cierra la puerta, y comienza a hablar con el Varón de dolores y tus propios dolores pronto serán mitigados.

Si tú eres pobre, acércate a Él, que no tenía donde reclinar Su cabeza, y hasta parecerás rico cuando regreses a tu lugar en el mundo. ¿Acaso has sido despreciado y rechazado? Sólo mira a Aquél que fue escupido por los hombres, al que desecharon diciendo que no convenía que viviera, y sentirás como si jamás hubieras tenido verdadero honor, excepto cuando fuiste despreciado y deshonrado por causa de Cristo. Casi llegarás a sentir como si fuera un honor demasiado grande para ti, haber sido menospreciado por Su causa amada. Por Él, que soportó la vergüenza y los escupitajos y la cruel cruz por tu causa. Sí, el mejor endulzador de todas las tribulaciones temporales es una meditación en Cristo Jesús nuestro Señor.

Lo mismo sucede con todos los problemas que son producidos por tu trabajo y servicio cristianos. Yo no sé que ocurra con cualquiera de mis compañeros de labores aquí, pero puedo decir esto. Mi trabajo está rodeado de un gozo que los ángeles podrían envidiar; pero, al mismo tiempo, tiene también un dolor que yo no desearía que nadie conociera si estuviera solo. Predicar a Cristo, ¡oh, cuán bienaventurado es! Estaría contento de quedarme fuera del cielo por siete edades si siempre se me permitiera no hacer otra cosa sino predicar a Cristo a pecadores

que perecen, si se me permitiera hablar del dulce amor de mi Señor, y de Su poder de salvar al culpable. Pero también está el dolor abrumador que se presenta a menudo, en la preparación de la predicación, por temor de no haber seleccionado el tema correcto, o no tener la justa condición del corazón para tratar el tema elegido. Agreguen a eso las ansiedades que se deslizan dentro de alguien que ocupa una posición como la mía. Estando donde estoy hoy, recordando muchas historias tristes, muchas esperanzas frustradas relativas a la condición de muchos aquí presentes, regreso a casa a veces deseando meterme en mi cama y no abandonarla nunca, por causa de mi terrible angustia por algunos de ustedes que, me temo, se perderán eternamente. Tan ciertamente como están aquí ahora, ustedes se perderán, a menos que se vuelvan a Cristo. Parece que nada podría salvarlos: súplicas, invitaciones, advertencias, oraciones, todo eso ha sido en vano. Todavía están sin Dios y sin Cristo; y si permanecen así, se perderán, y nosotros no podemos soportar ese pensamiento. No podemos soportar pensar que habiendo predicado, y advertido, y suplicado e invitado, todo eso termine en nada, excepto que los miraremos desde la diestra del Grandioso Juez, espiándolos entre aquellos a quienes Él dirá: "¡Apartaos de mí, malditos!"

Verdaderamente, hay un terrible dolor abrumador que nos viene cuando pensamos en estas cosas; y cuando vemos a algunos que corrían bien, desviarse; a algunos que sostenían la verdad, vituperar y negar esa verdad; a algunos que una vez predicaron la verdad, predicar luego los caprichos de la edad en lugar del Evangelio de todas las edades, entonces nuestro corazón se contrista. Pero, ¿entonces qué? "Dulce será mi meditación en él." Él es el mismo Dios sobre todo, bendito para siempre. Él es exaltado como Príncipe y Salvador. Jesús ciertamente salvará a los Suyos, y vencerá a todos Sus adversarios, pues "No se cansará ni desmayará, hasta que establezca en la tierra la justicia." Después que se diga y haga todo, no hay deshonra posible para Él. Es cierto que "Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz." Pero la cita termina diciendo: "Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre." Por tanto, mi meditación en Él, incluso en medio de las ansiedades del servicio cristiano, será sumamente dulce.

Sí, amados, y es exactamente lo mismo cuando abordamos las ansiedades relativas a su propia condición espiritual. Yo supongo que las personas muy buenas, "perfectas," con las que nos topamos algunas veces, o que escuchamos de ellas, nunca experimentan ese estado que yo a veces experimento; pero yo creo que muchos de ustedes se sien-

ten a veces abatidos y aturdidos acerca de su propio estado espiritual. Sin importar si los hombres se rían o no, yo afirmo que muchos hijos de Dios han tenido que decir a la par de John Newton—

"Es un punto que anhelo conocer,
A menudo me causa ansioso pensamiento,
¿Amo al Señor o no?
¿Soy Suyo, o no?"

Me aventuro a decir que, puesto que esta fue la pregunta que el propio Señor le hizo a Pedro, no es inapropiado que nos hagamos esa misma pregunta. Cuando la oscuridad vela los cielos, y el espíritu se hunde, y prevalece más un sentido de pecado que la experimentación de la gracia divina, entonces ciertamente hay amargura; el mejor endulzador de las aguas de Mara es pensar en Cristo: "Dulce será mi meditación en él." Un Salvador del pecador, ¡oh, cuán dulce es Él, para un pecador como yo! Un Salvador que, aunque no creamos como deberíamos, permanece fiel. Cuán amado Salvador es Él para un creyente a medias que tiene que clamar; "Creo; ayuda mi incredulidad."

Déjame darte un pequeño consejo: no pienses en ti, sino que piensa en tu Señor; o, si piensas en ti, por cada ojeada que des a tu yo, da el doble de tiempo a Cristo. Entonces tu meditación en Él será dulce.

Así, queridos amigos, mientras vivamos, y cuando lleguemos a la muerte, nuestra meditación en Él será dulce. No quisiera que ustedes teman la amargura de la muerte, ninguno de ustedes, si confían en Jesús. Dios tiene un maravilloso poder de fortalecer nuestras almas cuando nuestros cuerpos se debilitan y desfallecen. Estoy seguro que algunos de mis queridos amigos nunca antes se encontraron en condición parecida en toda su vida, como cuando han sido marcados de manera evidente para la muerte. El mensajero ha venido, y, como dice John Bunyan, ha traído una "señal" oportuna para advertir al espíritu que, en breve, aparecerá en medio de los seres brillantes a la diestra de Dios. Y he visto el espíritu de esas personas tímidas volverse extrañamente valeroso, y el espíritu de los que estaban llenos de dudas, volverse singularmente seguro, justo en ese momento. El Señor se ha manifestado de una manera inusualmente llena de gracia hacia ese pobre corazón que bate sus alas. Y justo cuando la paloma estaba a punto de alzarse en su último y largo vuelo, sus ojos se fortalecían para ver el lugar al que debía volar, y toda timidez había desaparecido. "Dulce será mi meditación en él."

Cuando esté en mi lecho de muerte, cuando mi corazón y mi carne desfallezcan, cuando no tenga otra cosa en qué pensar sino en mi Señor y en la condición eterna, entonces los pensamientos sobre Él subirán las compuertas del río de la bienaventuranza, y dejarán entrar en mi corazón el gozo del cielo, y estaré ansioso por alzar el vuelo y partir. No temeré los dolores, ni los gemidos, ni la refriega de la muerte, de

todo lo cual se habla mucho; pero la dulzura de "mi meditación en él" me hará olvidar la amargura de la misma muerte.

Habré concluido cuando les haya compartido un pensamiento más. Nuestro texto podría ser leído así: "Dulce será mi meditación *para él.*" Vamos a descubrir la mesa de la comunión en breve; no deberán pensar en otra cosa sino en el cuerpo y la sangre de Aquél por cuya muerte vivimos. Confío en que esa meditación será muy dulce para ustedes; pero este hecho debe ayudarnos a hacer la meditación de tal modo que sea "dulce para Él." Jesús Se agrada que ustedes lo amen, y Se agrada que ustedes piensen en Él. Sé lo que ustedes han dicho a veces; recuerdo que una mujer cristiana una vez me dijo: "señor, a menudo he deseado poder predicar. Con frecuencia he deseado haber sido un hombre para predicar constantemente el Evangelio." No me sorprende; más bien me admiraría en verdad que no fueran muchos los que dijeran: "yo quisiera ser un misionero," o, "quisiera ser una poetisa, como la señorita Havergal, y cantar dulcemente a Cristo." Tal vez no puedan hacer nada de eso; pero pueden meditar en Cristo, ¿no es cierto? Y su meditación en Él será dulce *para Él.* Él se deleitará en su deleite en Él.

"Oh, pero yo no soy nadie," dirá alguno; "no soy nada." Te digo inclusive a ti, que tu meditación en Cristo, aunque parezca que no es muy profunda, aunque no puedas coordinar muy bien tus pensamientos; la meditación de tu corazón que anhela meditar en su Señor, y apetece conocer más acerca de Él, es muy dulce para Él.

Vamos, ustedes que son padres y madres, ustedes saben lo que sucede con sus pequeñitos; y ¡especialmente con ese bebé que apenas comienza a hablar! No ha emitido sino sonidos sin sentido hasta ahora, pero ustedes respetan esos ruiditos, ¿no es cierto? Es una maravillosa conversación la que sostuvo ese niñito suyo; pero ¿por qué tienen en un alto concepto las pequeñas expresiones y los pensamientos de su hijito? ¿No es acaso debido a que él es *su* hijo, que ustedes valoran tanto sus palabras? Bien, entonces, ustedes pertenecen a Cristo, y debido a que Le pertenecen, Él acepta sus meditaciones porque Él los acepta, y Se deleita incluso en sus pobres pensamientos incoherentes. Él sabe que si pudieran cantar como los serafines, lo harían; si pudieran servirle como lo hacen los ángeles, lo harían. Bien, si no pueden hacer eso, al menos pueden meditar en Cristo, y su meditación en él será dulce para Él. ¡Oh, entonces, mediten mucho en Él, y que Dios los bendiga, por Su amado Hijo! Amén.

http://www.spurgeon.com.mx
Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery,
en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor
los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones
del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.
Sermón #2403– Volumen 41
THE SWEET AND THE SWEETENER